

Unos recuerdos de don Agustín Millares

ANTONIO HENRÍQUEZ JIMÉNEZ

¿Qué decir sobre don Agustín que pueda ser interesante para otros? Esta pregunta me la llevo haciendo desde que don Antonio Bethencourt me habló del proyecto de celebrar el vigésimo año de que el maestro nos abandonara con un número del Boletín Millares Carlo dedicado a sus recuerdos. He pensado que lo mejor será dar suelta a las impresiones que vengan a la memoria de lo poco que lo traté y luego traer a la presencia de los lectores algunos recuerdos que otras personas me han confiado durante mis pesquisas de la correspondencia de don Agustín, trabajo que me lleva ya ocupado unos cuantos años.

Conocí a don Agustín personalmente durante los cursos de Paleografía que dictó cuando le encargaron el Plan Cultural, allá por 1975. Creo que fueron unos tres cursos, que se fueron prolongando hasta unos meses antes de su muerte, en noviembre o diciembre de 1979. Las sedes de dichos cursos fueron, primero, la Casa de Colón y las dependencias de lo que es hoy la Biblioteca de su gran amigo Simón Benítez Padilla, a dos pasos de la Casa de Colón; luego creo que pasamos al edificio nuevo del Cabildo Insular, junto a la Casa Palacio del Cabildo, en la calle de Bravo Murillo; y finalmente, una dependencia de El Museo Canario, donde se instaló el Seminario de Filología, una vez acabada la aventura de Secretario Coordinador del Plan Cultural. Aquellos restos de su biblioteca irían a parar, cuando en El Museo Canario parecía que no había cabida para él, al Centro Asociado de la UNED, al Seminario que llevaría su nombre después de su fallecimiento.

Las clases de Paleografía fueron unas clases muy especiales, ante todo porque a ellas no asistía un alumnado uniforme, sino un conjunto variopinto de personas: estudiantes de Filología como yo, o de Historia; investigadores de

nuestra Historia, muchos de ellos ya duchos en las averiguaciones de archivos y conocedores de los secretos de las letras cursivas, romanas o procesales; profesores de Instituto, de Historia, de Lengua y Literatura, de Latín...; maestros de primera enseñanza; miembros del Partido Republicano Federal, admirados de escuchar a su Presidente entonces. Estos eran los de más edad. También había algún arquitecto preocupado por la Historia, y más gente. Predominaban las mujeres, a quienes don Agustín trataba con una galantería exquisita.

La seriedad y meticulosidad con que aquel anciano, ya en los ochenta, cumplía con sus deberes de profesor eran extraordinarios. Leyendo las antiguas escrituras no solo aprendíamos lo concerniente a las materias paleográficas, sino todo lo que había a su alrededor: literatura, historia, costumbres, sociedad, etc. A la par nos iba dando cuenta de sus investigaciones actuales y de sus proyectos. Por la clase desfilaban los trabajos y opiniones de muchos que habían sido colegas suyos en universidades españolas y americanas. Muchos días llegaba con un libro, una revista o una edición facsímil. “Mire usted, señor profesor. Mire usted, señorita profesora, creo que esto le podrá servir para lo que hablamos el otro día. Con esto podrá completar su información sobre tal o cual tema”... O te sorprendía preguntándote por un detalle más familiar que había captado sin darte cuenta. Recuerdo el día que llevó el facsímil del testamento de Isabel la Católica y estuvimos leyéndolo y viendo sus características. Si notaba que tal libro interesaba de modo especial a alguien, no tenía inconveniente en regalárselo. De vez en cuando aparecía con unos volúmenes de su Gramática latina, y los firmaba con toda su paciencia. A mí me tocó el primer tomo de su edición de Juan Ruiz de Alarcón del Fondo de Cultura Económica. Todavía releo con emoción la sencilla dedicatoria: “Para don Antonio Henríquez, en testimonio de afecto. El editor y anotador Agustín Millares Carlo. Las Palmas, mayo 1978.” Aquello sucedía en El Museo Canario, cuando yo aparecía casi diariamente para consultar los libros de su biblioteca que trataban sobre Latín Vulgar, o sobre Latín Medieval, o sobre Literatura, en mi cuarto año de Filología de la UNED.

Ni que decir tiene que cuando me presenté a la asignatura de Paleografía en la UNED no necesité preparación especial. Las clases de don Agustín habían surtido sus efectos.

En la última clase que nos dio nos hablaba de que nos iba a dejar por unos meses, ya que debía ir a la Biblioteca Nacional de Venezuela para hacer un estudio sobre libros del siglo XVI y XVII. Ya estaba planeando cómo recuperar las clases a su llegada. La enfermedad lo abatió y no pudo realizar sus deseos. Por los pasillos del Centro Asociado de la UNED de Las Palmas me lo tropezaba cada semana, cuando iba a dar su tutoría semanal, cargado con su gran maletín de cuero. Las pocas reuniones del Seminario de Filología, trasladado de El Museo Canario al edificio de la calle de Luis Doreste Silva, fueron

un continuo aprender. En el mes de diciembre de 1979 tuvo que retirarse a la casa de su sobrina Yoya.

Con motivo de la celebración del centenario de su nacimiento, en 1993, me empeñé en desentrañar sus poemas, una obra tangencial de su larga vida de estudioso. De ello he publicado algo, y aún quedan cosas por conocer, si algunos amigos cumplen sus promesas. Más tarde me impuse una obligación más ardua, la recopilación de su epistolario, las innumerables cartas que escribió durante su larga vida. Con las que he podido reunir y con las que vislumbro que existen, su vida y obra se me agigantan de un modo colosal. La construcción de su poliédrica tarea científica y su categoría humana están presentes en esa porción de cartas que, anotadas las más de ellas, esperan ver la luz prontamente. Allí se ve su generosidad, su probidad intelectual, su sencillez, su gran sabiduría, su humor socarrón, sus miedos y temores —que tuvo muchos—, el amor por su familia, el respeto a otras opiniones distintas a la suya. Cada vez que me llega un epistolario nuevo, me arrepiento de no haberlo aprovechado más cuando lo teníamos entre nosotros. Son especialmente curiosas las cartas que en latín ciceroniano dirigía, por ejemplo, a Alfonso Reyes.

De los recuerdos de algunos de los poseedores de cartas de don Agustín, presento a los lectores partes de las cartas que me enviaron doña Soledad Ortega Spottorno y doña María Teresa Bermejo de Capdevila, ambas alumnas de don Agustín en la Universidad Central de Madrid antes de su exilio. La segunda fue profesora ayudante suya en dicha Universidad y, en América, brillante practicante de la Paleografía. Luego presento el testimonio de dos amigos que no lo conocieron personalmente, pero sí a través de sus escritos: Monseñor Romero, del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, y Josefina Sabor, Bibliotecaria de la Universidad de Buenos Aires. El último recuerdo es el oral y literario de uno de sus primeros alumnos de bachillerato recién llegado a México, el de Carlos Blanco Aguinaga

Doña Soledad Ortega Spottorno me escribía el 26-IX-1995. Entre otras cosas me decía:

Tengo mucho gusto en contestar a su carta del 15 del corriente y más tratándose de D. Agustín, quien fue profesor mío en aquella Facultad de Filosofía y Letras cuyo Decano fue D. Manuel García Morente. El cual, a su calidad académica, unía una capacidad de organización que suele ser rara entre los españoles.

Le envío fotocopia de la única carta de D. Agustín que hay en nuestro Archivo, pero eso no es raro porque hay que tener en cuenta que la relación, tanto la de mi padre como la de D. Agustín, como la de los demás profesores, se desarrollaba en reuniones y en la vida diaria de la Facultad, mientras

tomaban café en el comedor que D. Manuel había instalado para los alumnos que no tenían tiempo de salir a casa o preferían pasar el día entero en la Facultad [...]

Que D. Agustín tenía mucho que ver con ese Patronato de las Bibliotecas Populares Hispano-Americanas, de la Plaza de la Villa nº 2, no cabe duda porque era allí donde nos facilitaba toda clase de fotocopias y documentos para adiestrarnos a sus alumnos, futuros paleógrafos. Pero eso no es más que un recuerdo de alumna y yo tenía entonces 16 años.

La mejor discípula de D. Agustín en aquellas calendas fue M^a Teresa Bermejo Zuaza, hoy Sra. De Capdevila. Este matrimonio, como muchos otros, salió del famoso crucero del Mediterráneo organizado por Morente en el verano del 32, y del que tenemos todos un maravilloso recuerdo. Los Capdevila han seguido muchos años en Caracas, desde donde ella ha seguido trabajando intensamente en cuestiones documentales y paleográficas.

Doña María Teresa Bermejo de Capdevila me escribía el 15-I-1996, entre otras cosas:

De las preguntas que me hace solo puedo contestar con seguridad a si fue o no Millares al Crucero del año 1933. Pues no fue porque estaba por entonces preocupado por su salud: se tomaba el pulso con frecuencia y temía tener algo de corazón.

Lo único que tengo aquí es esa carta adjuntando el programa de un Curso de Paleografía que dio en el Arch. Histórico Nal., que fue muy concurrido, y en el que le ayudamos Consuelo Gutiérrez del Arroyo y yo. También le envío facsímiles de documentos que se estudiaron en dicho cursillo.

Monseñor Mario Germán Romero, Director del Departamento de Historia Cultural del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá (Colombia), me dice, entre otras cosas, en carta de 3-IV-1995:

... no he tenido tiempo para organizar debidamente esa copiosa correspondencia, pero su petición me ha hecho comprender que debo acometer inmediatamente la tarea de organizar ese archivo. Esto para que vea el interés que tengo en cooperar a esa obra nobilísima que ustedes tienen entre manos: exaltar una de las figuras más importantes de la ciencia y de las letras de nuestros tiempos. Tuve por el maestro Millares Carlo una admiración y un afecto muy grandes, no lo conocí personalmente; en varias ocasiones, cuando él residía en Maracaibo, le organicé una visita suya a Bogotá, dejé de insistir cuando comprendí que a su edad podría ser perjudicial un cambio tan fuerte de altura.

El testimonio de la profesora Josefa Emilia Sabor proviene de la carta que esta envió al profesor José Antonio Moreiro, estudioso de la obra de don Agustín. En ella le agradece la biografía de don Agustín, escrita por Moreiro,

y que yo le había enviado a Buenos Aires. Su fecha es de 27-II-1997. Dice así:

El frondoso —¡y jugoso!— libro que Ud. Ha escrito me ha informado, instruido y deleitado a la vez. No conocí personalmente a Don Agustín, pues cuando él vino a Buenos Aires a sumar su esfuerzo para que se desarrollara el Instituto de Filología de mi Facultad, yo transitaba todavía por los grados primarios, pues cuando nací, Millares Carlo tenía ya 23 años. Fue mucho después, y cuando comencé a inclinarme por el cultivo de la bibliografía, que Don Agustín me escribió desde Venezuela, siendo yo directora de la Biblioteca Central de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y esa correspondencia continuó, aunque en forma esporádica, hasta que él regresó a las Canarias, definitivamente. Por eso yo no sabía demasiadas cosas de Don Agustín. Ignoraba cómo se había desarrollado buena parte de su vida y puede decirse que lo apreciaba fundamentalmente por su notable tarea intelectual. Su libro me ha permitido conocer al hombre, saber cómo se inició en la investigación y la docencia, en qué medio cultural y familiar se formó. Lo que más me conmovió fue su vida entera signada por la pena y el sacrificio, y el ver cómo le fueron negadas la felicidad y la paz casi en tan gran medida como le fueron otorgados el talento, la sensibilidad, la capacidad de investigar y las dotes de escritor y trabajador infatigable. Recordaba leyendo su libro algunas de mis largas conversaciones con Claudio Sánchez Albornoz. También él sufrió mucho el exilio, aunque creo que encontró un medio más propicio para realizar su obra. Como Millares, había perdido a su mujer española, de la cual conservaba un hermoso recuerdo. Tampoco tuvo suerte en su matrimonio con mujer argentina, aunque en este caso fue por los problemas mentales que muy pronto se manifestaron en ella. También era Don Claudio un estudioso infatigable y fue capaz de realizar una tarea inmensa entre nosotros, y dejar discípulos aventajadísimos, como espero los haya formado también Don Agustín. Este paralelismo me impresionó.

El testimonio de don Carlos Blanco Aguinaga es oral y literario. Tuve ocasión de charlar con él en la Casa de Colón, el 19-VI-1997, en un receso del Sexto Congreso Galdosiano. Me dijo que fue su alumno en el Colegio Luis Vives de México. Don Agustín Millares le daba clase de Latín a las tres de la tarde. Llegaba tan cansado de sus trabajos diarios en otros colegios, en la editorial del Fondo de Cultura Económica o en los distintos archivos y bibliotecas, que les decía que se fueran al patio, y él se ponía a dormir en la mesa. Lo había conocido en Hendaya, donde su padre era vicecónsul. Me comentó lo del intento de canje de don Agustín, ideado por Pedro Sainz Rodríguez; y creía recordar haber asistido al entierro de su mujer, Paula. Su padre lo respetaba mucho. Recuerda en México ir a visitarlo con él y encontrarse a un hombre con el pijama prendido con un imperdible, en vez de cinturón, trabajando detrás de una cortinilla, en un piso pequeño, mientras los hijos formaban un gran ruido con la radio puesta. Siempre estaba trabajando para sacar adelante

los hijos. Blanco Aguinaga fue después su alumno de Paleografía en el Colegio de México, donde don Agustín profesaba también la asignatura de Latín Vulgar.

Sus recuerdos del querido maestro y su agradecimiento los plasmó en el cuento titulado “El profesor de latín”, perteneciente al libro *Carretera a Cuernavaca* (Alfaguara Hispánica, 1990, pp. 45-50). A pesar de situar su infancia y adolescencia en Málaga, los datos que presenta el cuento son todos fidedignos, pues se corresponden con la biografía del maestro. Aquello de que habla todo el que conoció a don Agustín Millares, su trabajo incansable para mantener a su familia (a sus hijos y a los hijos de sus hijos) hasta que le alcanzó la muerte, queda plenamente pasmado en el cuento. Nos dice que se levanta temprano, a las siete menos cuarto, para ir a dar su primera clase de latín del día a los seminaristas. A las once y media está en la editorial Fondo de Cultura Económica corrigiendo o haciendo traducciones hasta las dos, en que va a su casa a comer: “Come mientras las hijas se pelean entre sí y con el hijo, que es el más pequeño. Tres veces por semana ya está en nuestra escuela a las tres y media.” A las cinco y media va a dar sus clases a la Facultad de Filosofía y Letras. “Pasadas las ocho, acude tres veces por semana al Colegio de México, y dos veces, de nuevo, al centro de la ciudad, donde da otra clase, la más avanzada, para los seminaristas.” A las diez llega a su casa; cena “y, mientras los hijos escuchan el radio prendido a todo volumen, se retira a un rincón de la salita donde, separado del resto de la casa por una cortina, sigue adelante con el trabajo de los manuscritos del XVI, abstrayéndose en lo posible de las guarachas y los bugi-bugis cuya estridencia complementan las voces de las hijas y del hijo. Como no se acuesta nunca antes de la una, es natural que el profesor de latín -alto, buen mozo en su día- esté cansado y que a nosotros nos parezca ya un hombre viejo.” Como este profesor de latín, hay otros que también eran ya catedráticos en las universidades españolas y para quienes la situación ya no es lo mismo que en su patria. Tienen que trabajar mucho y en distintos sitios. También en este cuento el profesor de Latín fuma mucho, como don Agustín. El nombre de Paula, su mujer, queda velado por el de Adela. No así el del profesor. El cuento acaba de la siguiente manera:

“Los hijos han apagado por fin la radio, se han acostado, y el silencio es ahora total. Don Agustín se decide sobre la dedicatoria que va a poner al libro que prepara y, con la estilográfica que estrenó en Primero de carrera, escribe meticulosamente:

MEMORIAE
MATRIS . CARISSIMAE
ET . DVLCISSIMAE
PIETATIS . CAVSA

Se levanta, enciende otro cigarro, el último del largo día, y apoya la frente contra el cristal de la ventana. Bajo el cielo estrellado, salta espacios y tiempos y contempla, en su niñez, el *Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico*”.

El final en cursiva lo añado yo, con palabras de su amigo Tomás Morales, cambiándolo por “la Farola de Málaga.” La dedicatoria en latín pertenece a *Investigaciones Biobibliográficas Iberoamericanas. Época Colonial*. México: Instituto de Historia, 1950. (UNAM. Instituto de Historia, n°. 17). La obra contiene trabajos de don Agustín anteriormente publicados en *Filosofía y Letras de México*.